

CAPITULO V.

Desde la muerte de Domiciano hasta la de Cómodo. Los Antoninos. Emperadores filósofos (1).

(96-193.)

Antes del advenimiento de los Flavios, el imperio estaba entregado á las brutalidades de los soldados, que hacian y deshacian los emperadores segun sus caprichos. Despues de la muerte de Domiciano, último emperador de esta familia, los senadores se apresuraron á disponer de la corona. Como los filósofos estóicos eran muy influyentes entre ellos, la filosofia fue llamada á reinar. Sin duda hay exageracion en todos los elogios concedidos á estos principes por sus panegiristas, y los historiadores del último siglo se han mostrado muy sensibles á estas pinturas de ventura y prosperidad que se encuentran en los escritores cortesanos que florecian en aquella época. Pero aunque se reconozcan esas exageraciones inevitables, no se puede negar que el imperio sacó grandes ventajas de esta reaccion. En tiempo de los Trajanos, de los Adrianos y de los Antoninos, las letras fueron cultivadas con brillo, y el imperio llegó al apogeo de su gloria y poder. Restablecida la adopcion, pone un término á esas revoluciones sangrientas que amenazaban á la muerte de los Galbas, de los Otones y de los Vitelios; y los nuevos Cesares, originarios de una de las provincias del imperio, tratan á todos sus súbditos con igual justicia. Pronto no habrá diferencia entre los habitantes de las provincias y los del Lacio y de la Italia.

§ I. Nerva y Trajano (96-117).

Reinado de Nerva (96-98). Desde la muerte de Neron, los soldados estaban en posesion de nombrar emperadores. Despues de la muerte de Domiciano, el senado quiso quitarles

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Dion Casio, *Vidas de Nerva, de Trajano, de Adriano, etc.*; Plinio el Joven, *Panegirico de Trajano y sus Cartas*; Espartiano, los abreviadores Eutropo y Aurelio Victor. Con respecto á los modernos, ademas de Capitolino, Lamprido, *Historia de Augusto*; Marco Aure-

este privilegio y dar el trono al anciano Nerva. Los pretorianos fueron contenidos por magnificas liberalidades, pero las lecciones de Germania iban á sublevarse cuando la elocuencia de Dion Crisóstomo, desterrado entre los barbaros, les dio el ejemplo y les hizo reconocer al principe elegido por el senado. Nerva no era Romano, ni Italiano; habia nacido en Creta, y su gran mérito era hacer buenos versos. Se mostró lleno de clemencia y generosidad. Su primer cuidado fue llamar á todos los ciudadanos desterrados por crimen de lesa majestad y castigar á los delatores. Disminuyó los impuestos, y distribuyó tierras á los pobres para aliviar su indigencia. Nerva era bueno, indulgente; desgraciadamente tenia la falta que va unida á estas cualidades, era débil. No tenia energia para castigar el crimen, y los pretorianos no temieron hacerle violencia para arrancarle la condenacion de los asesinos de Domiciano. Esta insolencia le advirtió de su insuficiencia, y tuvo el dichoso pensamiento de asociar á Trajano al imperio. Esta fue la accion mas bella de su reinado. Y ya era tiempo de que nombrara un sucesor, porque no vivió mas que tres meses (98).

Bellas reformas de Trajano. Ulpiano Trajano, natural de España, cerca de Sevilla, fue el primer extranjero que subió al trono. No por eso dejó de hacer la dicha del imperio. Los vicios de sus predecesores y las alabanzas de Plinio, su panegirista, sin duda han aumentado el brillo de sus virtudes; pero nadie le disputará su genio para la guerra y para la administracion. Despues de haber abolido completamente los *judicia majestatis*, se propuso por objeto principal, como dice Heeren, el restablecimiento de la constitucion libre de los Romanos, en cuanto podia conciliarse con la monarquia, dando él mismo el ejemplo de la sumision á las leyes. En consecuencia, devolvió al pueblo sus comicios y elecciones, al se-

lio, Obras; y las historias generales precedentemente indicadas. Véanse tambien Gauthier de Sibert, *Vidas de los emperadores Antonino y Marco Aurelio*, en 8º; Conrad Mannert, *Res Trajani imperatoris ad Danubium gestæ*; Christ. Engel, *Commentatio de expeditionibus Trajani ad Danubium et origine Valacorum*, etc. Gibbon comienza su historia por los Antoninos.

nado la entera libertad de sus votos y á los magistrados la consideracion. Al entregar á Subarno la espada de prefecto del pretorio: *Empléala por mí, le dijo, si lleno mi deber; contra mí, si falto á él.* Sura, que le habia hecho adoptar por Nerva, era su confidente mas íntimo. Habiendo querido alguno inspirarle desconfianza contra él, fué á cenar á su casa sin ser convidado, se hizo cuidar por su médico, afeitar por su barbero, y el día siguiente dijo al acusador: *Si Sura quisiera matarme, lo hubiera hecho ayer.*

La extension de su genio se conoce por los caminos que hizo abrir en todas partes, y por los numerosos edificios que hizo construir en todo el imperio. Desgraciadamente su vanidad quitaba á todos estos trabajos su carácter de gloria y de grandeza. Quería que su nombre fuese esculpido en todos los edificios que construía ó reparaba, lo cual le mereció de sus enemigos el dictado de *Parietario*.

Expediciones de Trajano. Este soberano, que empleaba tan útilmente el tiempo desocupado de la paz, era tambien un general ilustre que llevó la grandeza y el poder del imperio á su apogeo. Muchas veces se le oyó decir: *Ojalá pueda ya reducir la Dacia á provincia romana, y pasar el Eufrates y el Danubio sobre puentes contruidos por mí.* Se cumplieron todos sus votos. Habiendo hecho los Dacios una incursion en el territorio romano, tomó pretexto de ello para romper el vergonzoso tratado que habian impuesto á Domiciano. Se precipitó en sus campos con un numeroso ejército, venció á su rey Decéballo en una gran batalla, y los obligó á devolver el país que habian usurpado á sus vecinos, á dismantelar sus plazas fuertes, á entregar sus armas y máquinas de guerra, y á que no admitiesen en lo sucesivo en sus ejércitos ningun hombre nacido bajo la dominacion romana. Despues de esta primera campaña, Trajano fué á Roma para gozar de los honores del triunfo (101-103).

Decéballo se rebeló dos años despues (105). Se unió á los Escitas, venció á los Jazegos y se presentó delante de las legiones romanas con fuerzas muy imponentes. Trajano construyó sobre el Danubio un puente de piedra, pasó este río y

atacó á los Dacios en su propio país. Su capital fue tomada, y todas sus posesiones reducidas á provincia romana (106). Decéballo no tuvo valor para sobrevivir á su derrota. La columna Trajana consagró las victorias del emperador, y durante ciento veinte y tres días el pueblo se divirtió con espectáculos que costaron la vida á mas de diez mil fieras. La alegría del imperio se aumentó todavía mas por la conquista de la Arabia Petrea, que entonces fue sometida por Aulo Cornelio Palma, gobernador de la Siria.

Trajano habia cumplido parte de sus votos; redujo la Dacia á provincia romana. No le faltaba mas que marchar hácia el Eufrates, donde le esperaban los Partos, que eran los enemigos mas terribles de los Romanos. La posesion de la Armenia fue la causa de esta guerra. Neron coronó por rey de ella á Tridato; pero Cosroes, rey de los Partos, extendió luego su soberania sobre este reino. Despues de haberle pedido cuenta de su conducta, Trajano entró en la Armenia y redujo todo este país á provincia. Entonces el temor fue general. Los reyes de Iberia, de Sarmacia, del Bósforo y de Cólchida le prestaron sus homenajes, la Mesopotamia se puso bajo su dominacion, y los Indios mismos solicitaron su amistad.

En medio de la embriaguez de su victoria atravesó el Tígris por un puente de barcas, invadió la Asiria, visitó las llanuras de Arbeles, llegó hasta Babilonia, y tomó por asalto á Seleucia y Ctesifon. La Asiria fue tambien declarada provincia romana (114-116).

Trajano fué despues á descansar de todas sus hazañas á Antioquia, donde fue testigo y casi víctima de un atroz terremoto que trastornó parte del imperio. Se apresuró á reparar los desastres, y volvió á hacer sur correrías guerreras sobre el Tígris hácia el golfo Pérsico. Penetró en el Océano, y exclamó á la vista de un buque que navegaba hácia la India: *Si yo fuese mas joven, llevaria la guerra á esta comarca.*

Muerte de Trajano (117). El imperio llegó entonces á su mayor extension. Pero estas últimas conquistas eran mas brillantes que sólidas. Trajano se ocupó incesantemente du-

rante los últimos años de su reinado en reprimir las revoluciones de los países recientemente conquistados; y cuando su última enfermedad le obligó á volver á Italia, todas aquellas provincias del Oriente recobraron su independencia. Este gran príncipe no tuvo fuerza para volver á Roma; murió en Selinonte (Trajanópolis) en Sicilia. Sus cenizas tuvieron los honores del triunfo; y fueron depositadas bajo la columna erigida para recordar todas sus hazañas.

§ II. Adriano y Antonino (117-151).

Carácter del reinado de Adriano (117-138). Adriano, á quien Trajano dejó en Siria á la cabeza de sus tropas, fue elegido por sus soldados. Se excusó de ello cerca de los senadores, y se esforzó en merecer la estimación y confianza de todos por la prudencia de su gobierno. Trajano amó la guerra; Adriano, aunque valiente, buscó la paz. Para obtenerla, sacrificó todas las conquistas de su predecesor. Abandonó la Armenia, la Asiria y la Mesopotamia, y señaló el Eufrates por límites del imperio hacia aquella parte. También hubiera dejado con gusto la Dacia, si no se hubiesen refugiado á ella muchos Romanos; pero se contentó con cortar el puente que Trajano había mandado hacer sobre el Danubio, bajo pretexto de que podía facilitar á los bárbaros el paso para el imperio.

La principal guerra que sostuvo Adriano fue contra los Judíos. Este pueblo, cansado de la dominación romana, hizo el último esfuerzo para romper sus cadenas. En Jerusalem se puso bajo la dirección de un tal Barcocebas que se titulaba el Mesías, el rey de la victoria y de la venganza. En todas las demás ciudades del imperio, los Judíos dispersados se sublevaron también y mancharon sus rebeliones con asesinatos detestables. La espada romana dispuso de nuevo sus ilusiones haciendo contra ellos una guerra de exterminio. Mas de quinientos mil perecieron en esta terrible carnicería. Jerusalem recibió el nombre de *Ælia Capitolina*. Un templo de ídolos fue

construido en el sitio de su antiguo templo, y el impuro Adónis tuvo un altar en el mismo lugar en que Jesucristo había nacido (132-135).

El emperador Adriano, que consumió la ruina de este pueblo deicida, era de una índole desigual é inconstante. Cruel por carácter, comprimó esta odiosa pasión durante la mayor parte de su reinado, temiendo ser asesinado como Domiciano. Para conciliarse el afecto del senado y del pueblo, concedió pensiones é hizo regalos á los caballeros y senadores que sabía lo necesitaban, perdonó todo lo que se debía al tesoro en Roma y en Italia, y quemó todas las obligaciones firmadas por los ciudadanos hacia diez y seis años. Sus máximas eran excelentes. *Me propongo*, decía, *governar la república de modo que se vea me acuerdo de que no es propiedad mía, y que solo soy su administrador en nombre de la nación.*

Era uno de los hombres más notables de su tiempo por su saber y talentos, pero tenía el gusto estragado y caprichoso. Prefería Antimaco á Homero, Enio á Virgilio, Celio á Salustio, y quería destruir la Iliada y la Odisea. Se mostraba, para con los autores vivos, celoso de su mérito, censuraba sus obras y algunas veces les quitaba la vida. Amaba las bellas artes y pobló el imperio con ricos monumentos; mas no por eso dejaba de tener mucha afición á los perros y caballos. En sus relaciones con los grandes, su trato era agradable y fácil. Iba á casa de los cónsules, dispensaba á los senadores de que le visitasen, iba á la curia en simple litera, vivía en el ejército como el último de los soldados, y á pesar de esta simplicidad y lealtad aparente, era receloso y desconfiado, escuchaba con gusto á los delatores, y hacía morir, después de sus acusaciones, á todos los que habían contribuido más á su fortuna. En fin, para explicar esta singular mezcla de virtudes y de vicios, diremos que este príncipe tenía inclinaciones muy depravadas, pero que muchas veces sabía disimularlas diestramente en el interés de su reputación y de su vida.

Sus viajes. No obstante el imperio fue generalmente dichoso bajo su reinado. Recorrió las provincias, examinando todo por sí mismo, estudiando las costumbres y las religio-

nes, y proveyéndolas de todo lo que faltaba. Principió sus viajes por las Galias. Visitó todas sus plazas fuertes, pasó á Germania donde restableció la disciplina entre las tropas que protegían la frontera, y se fué á la Gran Bretaña. Allí construyó un terraplen fortificado, desde Eden en el Cumberiand hasta Tino en el Nortumberland, para impedir las incursiones de los Caledonios. En España tuvo una asamblea general para arreglar los alistamientos de la milicia, y calmó todas las disensiones que trabajaban este país.

Haciéndose á la vez Galo, Español, Griego, Africano y Sirio, no se desdeñaba de ejercer por sí mismo las magistraturas locales en las provincias. Aceptó las funciones de arconte en Atenas, dió á esta ciudad una nueva constitucion y un código de leyes particular; lo cual le mereció ser saludado por los Atenienses, como Dracon y Solon, con el título de legislador. Terminó el templo de Júpiter Olimpo, comenzado por Pisistrato hacia quinientos sesenta años, y recorrió el Asia Menor, dejando en todas partes á su paso templos, plazas fuertes y una infinidad de monumentos notables. De allí pasó por el Acaya á Sicilia, de donde se dió á la vela para Africa. El Egipto, esta antigua patria de las ciencias y de las artes, excitó particularmente su atencion. Visitó todos sus célebres monumentos, interrogó á todos sus sabios, les asombró por la extension y variedad de sus conocimientos, y devolvió á los Alejandrinos sus privilegios. Pero al mismo tiempo que consideraba con respeto los fastos de esta gran nacion, no pudo menos de admirarse del carácter inconstante y móvil de los Egipcios de aquella época.

Roma no podia ser descuidada por un príncipe cuyo genio cosmopolita buscaba cuidadosamente los recuerdos históricos de los pueblos, y reclamaba su gloria como herencia y propiedad del imperio. Todos sus mas bellos edificios fueron restaurados; el emperador elevó al pié del Vaticano su mausoleo, é hizo un puente sobre el Tiber para reunir á la ciudad este monumento que se llamó el puente y el muelle de Adriano.

Sus leyes. Edicto perpetuo. El espíritu organizador de este príncipe estableció sobre nuevas bases los destinos del pala-

cio. Sus predecesores no tenían, propiamente hablando, casa imperial. Augusto habia hecho de los empleos de su palacio un servicio puramente doméstico; Adriano hizo de ellos un servicio público, y los confió á los personajes mas considerables del imperio. Esta innovacion dió á la autoridad imperial un carácter de grandeza que antes no tenia, y llegó á ser funesta para las prerogativas del senado.

Al mismo tiempo Adriano hizo importantes reglamentos para el ejército. Añadió á cada compañía zapadores é ingenieros con todo el material necesario para las construcciones militares. Tambien se esforzó en arreglar los ascensos segun el mérito y los servicios. Pero sus grandes reformas fueron sobre la legislacion.

En tiempo de la república, al tomar los pretores posesion de su destino, publicaban un edicto segun el cual se proponian administrar la justicia mientras ejerciesen sus funciones. Al principio, este edicto era revocable, y el pretor podia cambiarle á su gusto. Desde el tiempo de Ciceron, se prohibió á los pretores cambiar cosa alguna mientras la duracion anual de su encargo. Despues se estableció que los nuevos pretores no habian de innovar el edicto de sus predecesores sino por graves razones; lo que puso ya un término á la arbitrariedad de la legislacion. En seguida los jurisconsultos se esforzaron en dar á lo esencial de la jurisprudencia una forma y un valor científico, uniendo todas estas leyes particulares principios generales y formando un cuerpo de doctrina. Adriano hizo redactar por Salvio Juliano un proyecto de ley que sometió á la sancion del senado, y que llegó á ser de este modo la regla inmutable, segun la cual todos los pretores debian pronunciar sus sentencias en lo sucesivo. Esto es lo que se llamó el *edicto perpetuo*. Este edicto fue un gran progreso, porque el juez cesó de ser superior á la ley, y sus sentencias no fueron ya tan arbitrarias.

Muerte de Adriano (138). Adriano, despues de tantos trabajos, enfermó de hidropesía, se retiró á su bella quinta de Tibur, en la que se complació en reunir los cuadros de todos los monumentos y de todos los lugares mas célebres del im-

perio. Todas estas riquezas no pudieron calmar sus dolores agudos. En medio de sus padecimientos su humor se hizo sombrío y atrabiliario; envió al suplicio, bajo pretexto de conspiración, una infinidad de ciudadanos honrados. Al principio adoptó á Cómodo Vero, que no tenia otro mérito que el de ser su compañero de excesos. Dichosamente para el imperio, el grosero César pereció antes que su padre adoptivo. Adriano hizo entonces una elección digna del imperio en la persona de Tito Antonino. Esta fue la última acción importante de su vida. No pudiendo su filosofía darle resignación en sus males, quería matarse. Habiéndose opuesto á ello sus esclavos, despidió á todos sus médicos. *Sus remedios me matarán*, dijo, y burlándose de la medicina y de sus recetas, principió á comer y beber á su antajo. Se ahogó de una indigestión á la edad de sesenta y dos años y medio, despues de haber reinado cerca de veintinueve (138).

Reinado pacífico de Antonino (138-181). Antonino, natural de Nimes, fue dichoso en tener por historiador á Marco Aurelio, su hijo adoptivo, y á Capitolino que escribió menos su historia que su panegírico. No habiendo tenido la posteridad otra luz para apreciar su conducta, hace de ella un príncipe modelo que unió á todas las ventajas del espíritu las cualidades del corazón. Era un filósofo grave y elocuente que mezclaba en todo una perfecta igualdad de alma y una dulzura inalterable. Sabia á propósito ser condescendiente y firme. Su genio tranquilo y pacífico no conocia la cólera, ni alguna pasión violenta; y durante todo su reinado no hubo que echarle en cara ninguna acción cruel é inhumana. Su amor á sus antepasados y su celo por la religion hicieron que se le apellidase *Piadoso (Pius)*.

Sin embargo, segun manifiestan sus panegiristas, sus admirables cualidades no estaban exentas de defectos. Tuvo una indulgencia inexcusable por los excesos de la impúdica Faustina, su mujer: y despues de haber ocultado sus deshonrosas torpezas durante su vida, tuvo la debilidad de ordenar su apoteosis y erigirle altares. Sus costumbres tampoco eran puras. Marco Aurelio le echa en cara sus desarreglos, y

Juliano apóstata, al mismo tiempo que alaba su gobierno, censura su conducta privada.

Carácter de su gobierno. Trajano fue un conquistador, Adriano un hombre de movimiento y de acción, nacido para organizarlo y gobernarlo todo; Antonino fue muy amigo de la paz y de la tranquilidad. Durante su reinado, no fue más allá de Lanuvio, su casa de campo. Se contentó con gozar de la fortuna del imperio, y con hacer gozar de ella á sus súbditos. Vivía con sus amigos en la mayor familiaridad, mas no les dejaba abusar de su crédito. Todos los pueblos del imperio le parecían miembros de una misma familia, de la que él era padre. Mandaba á todos los intendentes de las provincias cobrasen los impuestos con dulzura, y siempre estaba pronto á recibir las quejas de los oprimidos. *No conozco nada más vergonzoso ni más cruel*, decía, *que dejar carcomer el Estado por gentes que nada le producen por su trabajo.* Todas estas rentas eran empleadas en construcciones útiles, ó en aliviar á los desgraciados. Quejándose Faustina un dia de que habia distribuido á los pobres la mayor parte de sus bienes, le dió esta bella respuesta: *La felicidad pública es la riqueza de los príncipes.* Lleno de amabilidad y de generosidad, disminuyó los suplicios, juró no castigar de muerte á ningún senador, y cumplió su palabra. Muchas veces se le oía repetir esta máxima: *Más vale salvar á un ciudadano que exterminar mil enemigos.*

Su equidad no impidió que los intrigantes y ambiciosos atentasen contra su vida. Dos senadores conspiraron contra él; el uno se suicidó, y el otro fue proscrito por órden del senado. Querian hacer nuevas pesquisas, Antonino se opuso á ellas. *Poco me importa*, dijo, *hacer saber cuántas personas me aborrecen.* Los extranjeros conocieron y apreciaron su virtud. Muchos pueblos bárbaros depusieron las armas y le eligieron por árbitro de sus disputas; recibió embajadas de la Hircania, de la Bactriana y de las Indias; el rey de Iberia Farasmeno vino en persona á verle á Roma para rendirle homenaje y ofrecerle presentes; en fin, los Lazzi, los Armenios y los Quados le pidieron hombres elegidos por él para gobernarles.

Este emperador filósofo, á quien los escritos de Marco Aurelio nos lo han pintado con colores tan maravillosos, terminó su brillante carrera de una manera poco digna de su vida. Murió de una indigestion por haber comido con demasiada ansia queso de los Alpes.

§ III. Mario Aurelio y Cómodo (161-192).

Marco Aurelio y Luc. Vero. Oposicion de su carácter. Antonino habia adoptado á Marco Aurelio, y este nombró por colega suyo á Luc. Vero. Estos dos príncipes tuvieron un carácter muy opuesto. Marco Aurelio fue un ilustre filósofo que pasó toda su vida escribiendo y meditando. Adriano le habia colocado en el rango de los sacerdotes salios desde la edad de ocho años, y á los doce llevaba ya el *pallium*, ó capa griega, á la manera de los sofistas. Su vida era austera, se acostaba en el suelo, y se entregaba al estudio hasta que llegó el caso de perjudicar su salud. De las manos de los sacerdotes pasó á las de los gramáticos, de los retóricos y de los filósofos célebres. Herodes Atico le enseñó el griego, Fronton el latín, y Apolonio de Calcis le agregó á la secta de los estóicos, cuyas máximas veneró durante toda su vida.

Su colega Luc. Vero era, por el contrario, un hombre dado á los placeres y desórdenes, que recordaba á Neron por sus prodigalidades y á Vitelio por sus excesos en la comida. Gastaba seis millones de sextercios en un festin, y hacia de su casa una taberna, donde pasaban los días jugando á los dados y emborrachándose. Por la noche recorría las calles con los alborotadores para insultar á los transeúntes.

Guerra contra los Partos (163). Habiendo invadido los Partos la Siria, y destruido un ejército romano, le fue preciso abandonar sus orgías para ir á hacerles la guerra. Marco Aurelio, que conocia su incapacidad, le agregó un general hábil y valiente, llamado Avidio Casio. Este gran capitán fue el que restableció la disciplina entre las tropas, y quitó á los bárbaros los países que habian usurpado. Vero se atribuyó el

honor de esta campaña, y vino á Roma á participar con Marco Aurelio de los gloriosos apellidos de *Pártico*, *Arménico* y *Médico*; pero en realidad no los habia merecido. Ocupado únicamente de sus placeres, habia llevado constantemente una vida desordenada. Mientras que Casio hacia frente á los enemigos y conducia sus legiones hasta Clesifon y Seleucia, él permaneció durante el invierno en Laodicea, el verano en Antioquia y Dafné, renovando aquella vida inimitable que hizo tan tristemente célebres los escándalos de Antonio y Cleopatra.

Guerra contra los Marcomanos (167-174). Apenas se terminó esta guerra, todos los bárbaros vecinos del imperio, desde las Galias hasta la Iliria, se coligaron contra Roma. Vero recibió la orden de pasar del Oriente á Germania, y el mismo Marco Aurelio fué á reunirse con él. La presencia de los dos emperadores desbarató á los rebeldes y depusieron las armas. Vero tenia prisa por volverse á Roma para sumergirse allí en los placeres y festejos. Marco Aurelio estableció durante este tiempo un circuito de fortificaciones con el fin de proteger las fronteras del imperio, y un nuevo levantamiento de los bárbaros no tardó en probar que esta medida de prudencia no era inútil. Vero no vió el desenlace de esta segunda revolucion. Cayó enfermo cuando volvia, bien á pesar suyo con Marco Aurelio, á exponerse de nuevo á los peligros y fatigas de la guerra. Dion Casio afirma como un hecho cierto que Marco Aurelio le envenenó. Sea de ello lo que fuere, el emperador filósofo no disimuló su alegría, y todos creyeron con razon que el Estado ganaria con esta pérdida.

En efecto, ningun príncipe comprendió mejor sus deberes que Marco Aurelio, y ninguno se mostró mas afecto al bien público. Llamado á la frontera por la revolucion de los Marcomanos que en esta ocasion estaban sostenidos por los Sarmatas, los Vándalos, los Quados, los Suevos, los Ermonduros, los Alanos y una infinidad de otros pueblos, alistó sus propios esclavos, y vendió las joyas y muebles mas preciosos de su palacio para no hacer pesar sobre sus súbditos los gastos de la guerra. Durante tres años, á pesar de la prudencia

y valor de los generales romanos, las ventajas fueron compensadas (170-173). Los bárbaros penetraron hasta Aquilea, é hicieron temblar á Roma como en otro tiempo los Galos. Marco Aurelio, á fuerza de valor y perseverancia, logró sin embargo cegar al enemigo fuera de la frontera, mas no por eso la guerra dejó de continuar al otro lado del Danubio. El ejército romano, rodeado no lejos de las orillas del Striginio, iba á perecer de sed y de calor, cuando la legión ulminante obtuvo del cielo una lluvia milagrosa que la refrigeró y refrescó. Los paganos quisieron atribuir á la proteccion de sus dioses este beneficio; pero Marco Aurelio reconoció públicamente que los cristianos habian salvado á su ejército.

Rebelion de Avidio Casio (174). Mientras que Marco Aurelio reprimia á los Germanos, envió á Avidio Casio, vencedor de los Partos, á gobernar la Siria, con la orden de restablecer una disciplina severa de los ejércitos de Oriente. Casio, en el tiempo de sus mayores triunfos, dió lugar á sospechar la fidelidad de su decision. Vero habia avisado de ello á Marco Aurelio; pero el filósofo se ciñó friamente á su fatalismo estético: *No tenemos necesidad de inquietarnos, habia dicho; si la suerte no le protege, saldrá mal; si sucede lo contrario, nada podemos hacer: nadie mata á su sucesor.* Gracias á este ingenioso razonamiento, el conspirador tuvo tiempo de madurar sus planes.

Cuando Marco Aurelio se ocupaba todavía de los Marcomanos, tomó la púrpura en Antioquía, é hizo el apoteosis de aquel como si hubiera dejado ya de existir. Roma se conmovió, y Marco Aurelio se apresuró á marchar contra el usurpador. Declaró su designio á las legiones, atravesó la Italia para tranquilizarla con su presencia, hizo tomar la delantera á Pertinax, su teniente, y llevó con él á Faustina. Cómodo y sus otros hijos. Estando en camino supo que su adversario habia sido muerto. Trató generosamente á sus cómplices, y solo algunos fueron castigados por orden del senado.

Defectos de Marco Aurelio. Este exceso de bondad fue tambien uno de los defectos de su gobierno. Muchas veces dejó

á los gobernadores abusar impúnemente de su autoridad en las provincias, y se le censuró con justicia su condescendencia por Lucio Vero, su colega, quien con la mayor alegría sacrificaba todos los recursos del imperio á sus impúdicas pasiones. Toleró igualmente el libertinaje desvergonzado de su esposa Faustina, y tuvo la bajeza de elevar á los primeros cargos del Estado á los que se hacian ministros de sus infamias. Cuando se le aconsejaba la repudiase, respondia con mas talento que delicadeza: *Está muy bien; pero si la despedimos, tambien será necesario devolver el dote, y este dote era el imperio.* Mientras vivió la llamaba esposa virtuosa, y la condecoraba con el título de *Madre de la patria*, y despues de su muerte hizo de ella una divinidad. Su hijo Cómodo habia revelado desde su infancia un carácter feroz. Habiendo encontrado á la edad de doce años su baño demasiado caliente, mandó que arrojasen en el horno al que le habia calentado. Marco Aurelio, á pesar de sus defectos, le hizo sacerdote, pontífice; cónsul y César, y antes que cumpliera diez y nueve años le entregó el imperio como una presa que iba á devorar.

Muerte de Marco Aurelio (180). Cuando Marco Aurelio sintió que llegaba la última hora, estaba ocupado aun en combatir á los Marcomanos, que se habian rebelado por tercera vez. Esta última guerra no habia sido menos dura ni difícil que las primeras (178-180). Marco Aurelio habia tomado la resolucion de reducir su país á provincia romana, y se disponia á cumplir su designio cuando cayó enfermo en Viena. Al principio de su enfermedad dió algunas órdenes á Cómodo, que no quiso ejecutarlas. El desgraciado padre, comprendió todos los males que este hijo desnaturalizado reservaba al imperio. Su corazón fue atacado de un tedio mortal, y el sexto día de su enfermedad se obstinó en no tomar alimento alguno. Dion asegura que Cómodo le hizo envenenar por los médicos. Marco Aurelio se aperció de ello, y se contentó con decir al tribuno que le pedia la contraseña: *Vete al sol que se levanta, yo no me acuesto.* Este príncipe fue muy sentido. El senado y el pueblo decretaron unánimemente su apo-

teosis, y todo ciudadano debió tener en casa su imagen, bajo pena de ser considerado como sacrilego.

Reinado del bárbaro Cómodo (180-192). El reinado feroz de Cómodo aumentó todavía más esos sentimientos universales. El indigno hijo de Marco Aurelio reunió en sí la crueldad y las infamias de los Nerones, Calígulas y Domicianos. Apenas subió al trono, se apresuró á hacer la paz con los bárbaros para entregarse á todas sus depravadas inclinaciones. El único mérito que tenía era una gran fuerza corporal y una rara habilidad para tirar el arco. De una lanzada atravesaba un elefante de parte á parte. En un día mató en el circo cien leones de un solo tiro de arco. Luchaba delante del pueblo, y tomaba con ostentación el título de *vencedor de mil gladiadores*. Se le vió en público, armado con su maza de Hércules, matar á algunos hombres que había disfrazado de fieras.

Sus desórdenes igualaban á sus crueldades. Alimentaba en su palacio un gran número de mujeres y esclavos, y deshonoraba públicamente á sus hermanos. Como sus locas profusiones agotaban su tesoro, aumentaba los impuestos, vendía las gracias y destinos, enviaba los ricos al suplicio y confiscaba sus bienes. Sus propios cortesanos no estuvieron al abrigo de sus caprichos sanguinarios. Habiéndosele ocurrido á uno decir que Perennis, el más íntimo de sus confidentes, conspiraba contra él, el bárbaro emperador respondió: *Si no lo ha hecho, podría muy bien hacerlo, y no necesitó más para enviarle al suplicio con toda su familia.* Un esclavo frigio, llamado Cleandro, tuvo entonces toda su confianza. Este indigno ministro abusó de ella para vender empleos, provincias, rentas públicas, sentencias, y especular con la vida y muerte de los ciudadanos. El pueblo se sublevó contra el odioso cortesano y pidió su cabeza. Cómodo se la entregó cobardemente, considerándose dichoso por haber apaciguado la sedición con tal sacrificio.

Lo más difícil de comprender es que semejante hombre haya mandado en todo el mundo por espacio de trece años. El pueblo y el senado le detestaban, pero no tuvieron valor para deshacerse de él. Fue víctima de una conspiración de

palacio. Marcia, una de sus concubinas, Leto, prefecto del pretorio, Pertinax, prefecto de la ciudad y el camarero electo, habiendo leído sus nombres en una lista de proscripción, decidieron perder al tirano para salvarse. Le envenenaron en la noche del 31 de diciembre, y como el efecto les parecía demasiado lento, le hicieron ahogar por un atleta asalariado. Leto y Electo condujeron después á Pertinax á los pretorianos, quienes le proclamaron emperador (1).

(1) **SUCESION IMPERIAL:** Augusto, 30 años antes de Jesucristo hasta 14 después de Jesucristo, Tiberio (14-37), Caligula (37-41), Claudio (41-54), Neron (54-68); la raza de los Césares se extinguió en la persona de este príncipe; Galba (68-69), Oton (69), Vitelio (69), Vespasiano (69-79). Este príncipe es el jefe de la familia de los Flavios, que da después de él dos emperadores, Tito (79-81) y Domiciano (81-89). Se restablece la adopción. Néva (96-98), Trajano (98-117), Adriano (117-138), Antonio el Píadoso (138-161), Marco Aurelio (161-180) y Cómodo (180-192).